

ños. En aquella especie de *square* polvoriento, sin césped ni flores, donde bullía, en los bancos, entre los urinarios y los kioscos de periódicos, una mezcla de especuladores equívocos y de mujeres del barrio con la cabeza al aire y dando el pecho á sus hijos, hacía como que se paseaba sin interés alguno, y, alzando los ojos, espiaba, pensando con furia que sitiaba el monumento que lo encerraba en un estrecho cerco, para entrar en él un día como triunfador.

Penetró por el ángulo de la derecha, bajo los árboles que dan frente á la calle de la Banca, é inmediatamente se encontró en la pequeña Bolsa de valores sin circulación, los *Pies húmedos*, como se llama con irónico desprecio á esos jugadores de prendería que cotizan al aire libre, en el lodo de los días lluviosos, las acciones de las compañías muertas. Había allí, en un grupo tumultuoso, toda una judería sucia, de grasientas caras lucientes, de perfiles disecados de aves de rapiña, una reunión extraordinaria de narices típicas, echándose unas sobre otras, así como sobre una presa, encarnizándose en medio de gritos guturales, y como próximas á devorarse entre sí. Por su lado pasaba, cuando vió, algo apartado, á un hombre grueso en actitud de mirar al sol un rubí que alzaba en el aire, delicadamente, entre sus puercas manazas.

—¡Calle, Busch!.... Me recordáis que quería subir á vuestra casa.

Busch, que tenía una agencia de negocios

en la calle de Feydeau, esquina á la de Vivienne, le había sido en muchas ocasiones de gran utilidad en momentos difíciles. Seguía extasiado, examinando las luces de la piedra preciosa, vuelta hacia arriba su ancha cara aplastada y sus ojos grises como apagados por la viva luz; dejando ver, arrollada como una cuerda, la corbata blanca que llevaba siempre; mientras que su levita de prendería, antiguamente soberbia, pero extraordinariamente raída y manchada, subía hasta sus claros cabellos, que caían en mechones escasos y rebeldes de su cráneo desnudo. Su sombrero, rojo por el sol, lavado por la lluvia, no tenía edad.

Decidióse por fin á descender de su contemplación.

—¡Ah, señor Saccard! ¿Dais una vueltecita por aquí?

—Sí..... Tengo una carta en lengua rusa, una carta de un banquero ruso establecido en Constantinopla, y he pensado en vuestro hermano para que me la traduzca.

Busch, que con un movimiento inconsciente y suave seguía dando vueltas al rubí en su mano derecha, tendió la izquierda diciendo que aquella misma noche estaría despachada la traducción. Pero Saccard dijo que sólo se trataba de diez líneas.

—Voy á subir, y vuestro hermano me leerá esto en seguida.....

Fué interrumpido por la llegada de una mu-

jer enorme, la señora Mechain, muy conocida de los asiduos de la Bolsa, una de esas rabiosas y miserables jugadoras, que especulan sobre toda clase de negocios equívocos. Su cara, de luna llena, hinchada y enrojecida, con ojillos azules, una naricilla que se ocultaba y una boca pequeña de donde salía una vocecita aflautada de niño, parecía desbordarse de un viejo sombrero de color de malva, atado de través con bridas granate; y el gigantesco pecho y el vientre hidrópico, hacían estallar el traje de lana verde, lleno de lodo, amarillento. Llevaba al brazo un viejo saco de cuero negro, inmenso, tan profundo como una balija, y que jamás abandonaba. Aquel día, el saco, henchido, lleno hasta romperse, tiraba de ella hacia la derecha, inclinándola como un árbol.

—¿Ya estáis aquí?—dijo Busch que debía esperarla.

—Sí, y he recibido los papeles de Vendome y los traigo.

—¡Bueno! Vamos á mi casa..... Aquí no hay nada que hacer hoy.

Saccard había dejado caer una mirada vacilante sobre el gran saco de cuero. Sabía que fatalmente iban á parar allí los títulos sin circulación, las acciones de las sociedades quebradas, sobre las cuales aún especulaban los *Pies húmedos*, acciones de quinientos francos que se disputaban á veinte sueldos, á diez sueldos, en la vaga esperanza de una reposición improbable,

ó más prácticamente como una mercancía de mal género que ceden con beneficio á los quebrados, deseosos de aumentar su pasivo. En las mortíferas batallas financieras, la Mechain era el cuervo que sigue á los ejércitos en marcha; no se fundaba una compañía, un gran establecimiento de crédito, sin que apareciese ella con su saco, sin que ella olfatease el aire, esperando los cadáveres hasta en las horas prósperas de las emisiones triunfantes, porque sabía muy bien que la derrota era fatal, que vendría el día de la matanza en que habría muertos que devorar y títulos que recoger por nada en el fango y en la sangre. Y él, que andaba dándole vueltas á su gran proyecto de un banco, estremeciósese ligeramente, tuvo como un presentimiento al ver aquel saco, aquel osario de valores depreciados, por donde pasaba todo el papel sucio barrido de la Bolsa.

Cuando Busch se llevaba á la vieja, Saccard lo detuvo.

—¿De modo que puedo subir, seguro de encontrar á vuestro hermano?

Los ojos del judío se dulcificaron y expresaron una inquieta sorpresa.

—¡Mi hermano, ciertamente! ¿Dónde queréis que esté?

—Bueno, hasta dentro de un rato.

Y Saccard, dejándolos alejarse, prosiguió su lenta marcha á lo largo de los árboles, hacia la calle de Nuestra Señora de las Victorias. Este

lado de la plaza es uno de los más frecuentados, ocupado por comercios é industrias, cuyas muestras doradas brillaban al sol. En el balcón de una casa de huéspedes, bajo las cortinas que golpeaban el antepecho, había toda una familia provinciana con la boca abierta. Maquinalmente había él alzado la cabeza y miró á aquellas gentes, cuyo embebecimiento le hacía sonreír, y le reconfortó el pensamiento de que siempre habría accionistas en provincias. A su espalda el clamor de la Bolsa, el ruido continuo de marea lejana seguía y se apoderaba de su espíritu, como si le amenazase con llegar hasta él para tragárselo.

Un nuevo encuentro le detuvo.

—¿Cómo, Jordan, vos en la Bolsa?—exclamó estrechando la mano á un joven moreno, de pequeño bigote y aire decidido.

Jordan, cuyo padre, un banquero de Marsella, se había suicidado á consecuencia de desastrosas especulaciones, batallaba hacía diez años en París, apasionado por la literatura, en lucha abierta con la miseria. Uno de sus primos, instalado en Plassans, donde conocía á la familia de Saccard, lo había recomendado á éste en otro tiempo, cuando recibía á todo París en su hotel del parque Monceaux.

—¡Oh, en la Bolsa.... jamás!—respondió el joven con un gesto violento, como si ahuyentase el recuerdo trágico de su padre.

Después, sonriendo;

—Ya sabéis que me he casado..... Sí, con una amiga de la infancia. Éramos novios desde los días en que yo era rico, y se ha empeñado en quererme aun después de haber venido á parar en un pobre diablo.

—Perfectamente, he recibido la esquila de boda. Y ¿sabéis que en otro tiempo estuve en relaciones con vuestro suegro, el señor Maugendre, cuando tenía su fábrica de toldos para carros en la Villette? Ha debido ganar una gran fortuna.

Esta conversación la tenían cerca de un banco, y Jordan la interrumpió para hacer la presentación de un señor regordete, de aspecto militar, que estaba sentado y con el que hablaba en el momento del encuentro.

—El señor capitán Chave, un tío de mi mujer.... La señora Maugendre, mi suegra, es una Chave, de Marsella.

El capitán se había levantado, y Saccard saludó. Este conocía de vista aquella figura apoplética, de cuello rígido por el uso del corbatín, uno de esos tipos de ínfimos jugadores al contado, que se estaba seguro de encontrar allí todos los días, de uno á tres. Es este un juego de pequeña ganancia, un beneficio casi seguro de quince á veinte francos, que es preciso realizar en la misma Bolsa.

Jordan había añadido sonriendo al explicar su presencia:

—Mi tío es un bolsista feroz, á quien algunas

veces no hago más que estrechar la mano al paso.

—¡Cáspita!—dijo sencillamente el capitán—no hay más remedio que jugar, pues el gobierno con su pensión me deja morir de hambre.

Saccard, á quien interesaba el joven por su bravura en la lucha de la vida, preguntóle si las cosas de la literatura marchaban. Y Jordán, riendo, contó la instalación de su pobre hogar en un quinto piso de la avenida de Clichy; porque los Maugendre, que no tenían confianza en un poeta, creyendo haber hecho bastante con consentir en el casamiento, no habían dado nada, bajo el pretexto de que su hija, cuando ellos murieran, cogería su fortuna intacta, aumentada con las economías. No, la literatura no le daba para mantenerse; tenía en proyecto una novela que no podía escribir por falta de tiempo, y había entrado forzosamente en el periodismo, donde hacía todo lo que era preciso, desde crónicas hasta revistas de tribunales y aun noticias.

—Pues bien—dijo Saccard—si emprendo un gran negocio, acaso os necesitaré. Id á verme.

Después de despedirse, dió la vuelta por detrás de la Bolsa. Aquí, al fin, el clamor lejano, los gritos del juego cesaron detrás de sus pasos y no fueron más que un vago rumor perdido en el zumbido de la plaza. De este lado, las gradas estaban también llenas de gente; pero el pabellón de los agentes de cambio, del cual se veía

por las altas ventanas la roja tapicería, aislaba del estrépito del gran salón la columnata, donde algunos especuladores, los delicados, los ricos, habíanse sentado cómodamente á la sombra, quiénes solos, quiénes en pequeños grupos, transformando en una especie de casino el vasto peristilo abierto al aire libre. Parecíase algo esta espalda del monumento á la de un teatro, á la entrada de los artistas, en la calle relativamente tranquila, aquella calle de Nuestra Señora de las Victorias, ocupada toda por tiendas de bebidas, cafés, cervecerías, tabernas, en las que bullía una clientela especial, extrañamente mezclada. Las muestras indicaban también la mala vegetación que brotaba al borde de la gran cloaca vecina: compañías de seguros de mala fama, periódicos financieros de brigandaje, sociedades, bancos, agencias, escritorios, la serie completa de modestas cuevas de bandidos, instaladas en tiendas ó entresuelos, grandes como la palma de la mano. Por las aceras, por enmedio de la calzada, por todas partes, hombres que rondaban, esperaban, así como á la entrada de un bosque.

Saccard se había detenido en el interior de las verjas, alzando los ojos á la puerta que conduce al pabellón de los agentes de cambio, con la mirada penetrante del jefe de un ejército que examina bajo todos sus aspectos la plaza que intenta asaltar, cuando un hombre que salía de una taberna atravesó la calle y vino á inclinarse ante él.

—¡Ah! señor Saccard, ¿no tenéis nada para mí? He dejado definitivamente el Crédito mobiliario, y busco una colocación.

Jantrou era un antiguo profesor, venido de Burdeos á Paris, á consecuencia de una historia que había quedado en la oscuridad. Obligado á dejar la Universidad, perdida su carrera, pero buen mozo, con su barba negra en forma de abanico y su calvicie precoz, y por otra parte instruido, inteligente y amable, había desembarcado en la Bolsa á los veintiocho años y por allí se había arrastrado y marchado durante diez años como corredor, no ganando apenas más que el dinero necesario para sus vicios. Y hoy, calvo por completo, afligiéndose como una mujerzuela á quien las arrugas amenazan quitarle su manera de ganarse el pan, esperaba siempre la ocasión que debía llevarle al éxito, á la fortuna.

Al verlo tan humilde, recordó Saccard el saludo de Sabatani en el restaurant Champeaux: decididamente sólo podía contar con los perdidos y los malogrados. Pero estimaba la inteligencia viva de éste, y sabía que las tropas más bravas son las formadas con los desesperados, con los que se atreven á todo, no teniendo nada que perder. Mostróse muy amable.

—¿Una colocación?—repitió.—Acaso la encontremos. Id á verme.

—¿Seguís viviendo en la calle de San Lázaro?

—Sí, calle de San Lázaro. Por la mañana.

Hablaron. Jantrou estaba muy irritado contra la Bolsa, repitiendo que había que ser un pillo para salir allí adelante, con el rencor de un hombre á quien no habían dado resultado sus pilladas. Aquello había acabado, quería intentar otra cosa, parecía que, gracias á su cultura universitaria y á su conocimiento del mundo, podía alcanzar un buen puesto en la administración. Saccard aprobaba moviendo la cabeza. Y, cuando salían de las verjas, siguiendo la acera hasta la calle Bronguiart, llamóles la atención un cupé oscuro, de correcto atalaje, parado en esta calle, con el caballo vuelto hacia la de Montmartre. Mientras que el cochero en lo alto del pescante tenía la inmovilidad de la piedra, habían notado que una cabeza de mujer, á cada momento, aparecía y desaparecía vivamente por la ventanilla. De repente aquella cabeza se inclinó, y lanzó una larga mirada de impaciencia hacia atrás, del lado de la Bolsa.

—¡Calle! ¿La baronesa Sandorff?—murmuró Saccard.

Era una cabeza morena muy extraña, de ojos negros ardientes bajo párpados que caían con languidez, un rostro apasionado, con labios que parecían brotar sangre, estropeado únicamente por una nariz muy larga. Era muy linda aquella mujer, precozmente madura para sus veinticinco años, con su aire de bacante vestida por los grandes modistos del imperio.

—Sí, la baronesa—repitió Jantrou.—La he

conocido cuando era soltera, en casa de su padre el conde de Landricourt. ¡Oh, un jugador rabioso, y de una brutalidad que sublevaba! Yo iba á tomar sus órdenes todas las mañanas, y por poco si me pega un día. No lo he llorado cuando ha muerto de una apoplejía, sin un sueldo, á consecuencia de una serie lamentable de liquidaciones..... Su hija tuvo que resolverse á casarse con el barón Sandorff, consejero de la embajada de Austria, que tiene treinta y cinco años más que ella y á quien había vuelto positivamente loco con sus miradas de fuego.

—Lo sé—dijo sencillamente Saccard.

De nuevo se había escondido en el cupé la cabeza de la baronesa. Pero casi inmediatamente reapareció, más ardiente, con el cuello torcido para ver á lo lejos, en la plaza.

—¿Es verdad que juega?

—¡Oh, como una desesperada! Todos los días de crisis se la puede ver aquí, espionando las oscilaciones, tomando febrilmente notas en su  *carnet* , dando órdenes... Y, mirad, esperaba á Massias que se le acerca en este momento.

En efecto, Massias corría con toda la velocidad de sus cortas piernas, con su cotización en la mano, y lo vieron apoyarse de codos en la ventanilla del cupé, con la cabeza dentro, en animada conferencia con la baronesa. Después, habiéndose apartado un poco para no ser sorprendidos en su espionaje, y acercándose al corredor, que volvía á escapar, le llamaron. Este, al princi-

pio miró de reojo asegurándose de que lo ocultaba la esquina, y se detuvo sofocado, con la cara congestionada, alegre sin embargo, con sus grandes ojos azules saliéndosele de las órbitas.

—No sé qué les pasa—exclamó.—El Suez va para abajo. Se habla de una guerra con Inglaterra. Una noticia que los pone en revolución, y que no se sabe de donde viene... ¡La guerra! Pero decidme, ¿quién puede haber inventado eso? A menos que no se haya inventado ello solo... En fin, una verdadera jugada.

Jantrou guiñó los ojos.

—Y qué, ¿esa señora juega siempre?

—¡Oh, rabiosamente! Llevo sus órdenes á Nathansohn.

Saccard, que escuchaba, hizo esta reflexión en alta voz:

—¡Calle! Es verdad que me han dicho que Nathansohn había entrado en el *corro*.

—Un buen muchacho, ese Nathansohn—añadió Jantrou—y que merece tener suerte... Hemos estado juntos en el Crédito mobiliario... Pero él hará carrera, porque es judío. Su padre, un austriaco, tiene relojería en Besançon, según creo... Esta idea se le ocurrió un día en el Crédito, al ver cómo se urdían estas cosas. Se dijo que el asunto no era tan malo, que no tenía más que tomar un cuarto y abrir un despacho; ha abierto el despacho... ¿Y vos estáis contento, Massias?

—¡Oh, contento! Vos que sabéis lo que es esto, tenéis razón al decir que es preciso ser judío; de otro modo es inútil tratar de comprender; no hay quien le dé á uno la mano y se pasa la pena negra..... ¡Maldito oficio!..... En fin, allí está uno, y allí se queda. Además, todavía tengo buenas piernas y aún no he perdido la esperanza.

Y echó á correr, riendo. Decíase que era hijo de un magistrado de Lión, expulsado de la carrera, caído él mismo en la Bolsa, y que después de la desaparición de su padre, no había querido continuar sus estudios de Derecho.

Saccard y Jantrou, andando despacio, volvieron hacia la calle Bronguiart, donde encontraron otra vez el cupé de la baronesa; pero los cristales estaban levantados y el carruaje misterioso parecía vacío, mientras el cochero seguía cada vez más inmóvil en aquella espera que se prolongaba con frecuencia hasta los últimos precios.

—Es endiabladamente excitante—dijo Saccard con brutalidad.—Comprendo al viejo barón.

Jantrou sonrió de un modo singular.

—¡Oh! Creo que el barón está más que satisfecho hace ya tiempo. Y, á lo que se dice, es muy avaro..... Así es que, no bastándole el juego, ella se ha arreglado para pagar sus facturas, ¿sabéis con quién?

—No.

—Con Delcambre.

—¿Delcambre? ¡El procurador general! ¿Ese gran hombre seco y amarillo, tan rígido? ¡Un futuro ministro!..... ¡Ah, quisiera yo verlos juntos!

Y los dos muy alegres, muy animados, se separaron con un vigoroso apretón de manos, después de haber recordado el uno al otro que se permitiría ir á verle pronto.

Así que se encontró solo, Saccard se vió otra vez bajo la influencia del rumor de la Bolsa, que reventaba con la fuerza del refluo del mar. Había vuelto la esquina y bajaba hacia la calle Vivienne, por aquel lado de la plaza que la ausencia de cafés hace severo. Siguió á lo largo de la Cámara de Comercio, de la oficina de correos, de las grandes agencias de anuncios, más y más ensordecido y febril á medida que se acercaba otra vez á la fachada principal; y, cuando pudo enfilar el peristilo con mirada oblicua, paróse de nuevo, como si no quisiera acabar todavía la vuelta de la columnata, aquella especie de cerco apasionado en que la encerraba. Allí, sobre aquel ensanchamiento del piso, la vida se extendía, estallaba: una ola de consumidores invadía los cafés, la pastelería estaba llena, los escaparates atraían en tropel á la multitud, el de un joyero, sobre todo, deslumbrante con magníficas obras de platería. Y, por los cuatro ángulos, las cuatro encrucijadas, parecía aumentar el río de coches y peatones, en una extraordinaria confusión; mientras que la estación de los ómnibus la agravaba y que los coches de los corre-

dores, en línea, amurallaban la acera, casi de un extremo al otro de la verja. Pero sus ojos estaban fijos en los escalones altos, donde las levitas se desgranaban en pleno sol. Después subían hacia las columnas, en masa compacta, en un bulle-bulle negro, apenas aclarado por las pálidas manchas de las caras. Todos estaban en pie, no se veían las sillas; el círculo que formaba el *corro* sentado bajo el reloj, no se adivinaba más que por una especie de hervor, una furia de gestos y de palabras que estremecían el aire. Hacia la izquierda, el grupo de banqueros ocupados en arbitrajes, en operaciones sobre el cambio y sobre los *cheques* ingleses estaba más tranquilo, atravesado sin cesar por la cola de gente que entraba yendo al telégrafo. Hasta bajo las galerías laterales desbordábanse los especuladores, estrujándose en continuos remolinos; y entre las columnas, apoyados en las barandillas de hierro, los había que presentaban el vientre ó la espalda, como si estuvieran en su casa, contra el terciopelo de un antepecho. La trepidación, el ruido de máquina haciendo vapor, aumentaba, agitaba la Bolsa entera, con oscilamientos de llama. Bruscamente, vió al corredor Massias que bajaba las gradas á escape y saltaba luego en su carruaje, cuyo cochero ponía el caballo al galope.

Entonces Saccard sintió que sus puños se crispaban; y, arrancándose violentamente á su contemplación, volvió hacia la calle Vivienne,

atravesándola para llegar á la esquina de la calle Feydeau, donde estaba la casa de Busch. Acababa de acordarse de la carta en ruso que necesitaba que le tradujeran. Al entrar, le saludó un joven, plantado delante de la tienda del papelerero que ocupaba el piso bajo; y reconoció á Gustavo Sedille, el hijo de un fabricante de seda de la calle de Jeuneurs, á quien su padre había colocado en casa de Mazaud para estudiar el mecanismo de los asuntos financieros. Sonríóle paternalmente, sospechando lo que hacía en aquel sitio. La papelería Conín proveía de *carnets* á toda la Bolsa desde que la linda señora Conín ayudaba á su marido, el grueso Conín, que no salía jamás de su trastienda, ocupándose en la fabricación, mientras que ella iba y venía siempre, despachando en el mostrador y haciendo los encargos de fuera. Regórdeta, rubia, colorada, una verdadera preciosidad, con sedosos cabellos claros, muy graciosa, muy zalamera y siempre muy alegre. Decíase que amaba mucho á su marido, lo que no le impedía, cuando le gustaba un bolsista parroquiano, ser tierna; pero no por dinero, únicamente por el placer y una vez sola, en una casa amiga de la vecindad, según contaba la leyenda. En todo caso los dichosos que hacía, debían mostrarse reconocidos y discretos, porque seguía siendo adorada, festejada, sin un mal rumor á costa suya. Y la papelería continuaba prosperando, siendo un hogar verdaderamente dichoso. Cuando pasó Saccard



vió á la señora Conín sonreír á Gustavo á través de los cristales. ¡Qué mona era! Y sintió una deliciosa sensación de caricia. En fin, subió.

Hacía quince años que Busch habitaba en lo más alto, en el quinto piso, un estrecho cuarto, compuesto de dos habitaciones y una cocina. Nacido en Nancy, de padres alemanes, había llegado allí de su villa natal y había extendido poco á poco el círculo de sus negocios, de una complicación extraordinaria, sin experimentar la necesidad de una oficina mayor, dejando á su hermano Segismundo la pieza que daba á la calle y contentándose con la que daba al patio, en la que los papeles, los legajos, los paquetes de toda clase se amontonaban de tal modo que el sitio de una única silla, contra la mesa, estaba como cercado. Uno de sus grandes negocios era el tráfico sobre valores depreciados; los centralizaba, y servía de intermediario entre la pequeña Bolsa de los *Pies húmedos* y los quebrados que tienen agujeros que tapar en su balance; así seguía las cotizaciones, comprando directamente á veces, alimentado sobre todo por los *stocks* que le traían. Pero, además de la usura y de todo un comercio oculto sobre alhajas y piedras preciosas, ocupábase especialmente en la compra de créditos. Esto era lo que llenaba su habitación hasta reventar las paredes, lo que lo lanzaba por París, por sus cuatro costados, olfateando, espionando, con inteligencias en el fondo de todas las clases sociales. Desde que sabía de

una quiebra, acudía, rondaba alrededor del síndico, y acababa por comprar todo aquello de que no se podía sacar partido inmediatamente. Vigilaba los estudios de notario, esperaba las aperturas de las herencias dificultosas, asistía á las adjudicaciones de los créditos desesperados. El mismo publicaba anuncios, atraía á los acreedores impacientes que preferían coger algunos sueldos en seguida á correr el riesgo de perseguir á sus deudores. Y, de estas fuentes múltiples, llegaba el papel, por verdaderas banastas, el montón sin cesar aumentado de un trapero de la deuda: pagarés no pagados, compromisos no cumplidos, reconocimientos que habían quedado vanos, tratados sin ejecución. Después, allí dentro, comenzaba el examen y la clasificación, lo cual exigía un olfato especial, muy delicado. En aquel mar de acreedores desaparecidos ó insolventes, había que elegir para no desparramar demasiado su esfuerzo. Profesaba el principio de que todo crédito, aun el más comprometido, puede llegar á ser bueno; y tenía una serie de legajos admirablemente clasificados, á que correspondía un repertorio de nombres, que releía de cuando en cuando, para que no se le olvidasen. Entre los insolventes seguía naturalmente de más cerca á aquellos que en su concepto tenían probabilidades de próxima fortuna: su información desnudaba á las gentes, penetraba los secretos de las familias, tomaba nota de los parientes ricos, de los medios de vivir, de los

nuevos empleos sobre todo, que permitían intentar avances. Con frecuencia durante años dejaba así madurar un hombre, para extrangularlo al primer éxito. Los deudores desaparecidos le apasionaban más todavía, lo lanzaban en una fiebre de investigaciones continuas, ojo alerta sobre las señas y sobre los nombres que publicaban los periódicos, venteando las direcciones como un perro venta la caza. Y así que tenía cogidos á los desaparecidos y á los insolventes, volvíase feroz, se los comía, les chupaba la sangre, sacando cien francos de lo que le había costado diez sueldos, explicando brutalmente sus riesgos de jugador, obligado á ganar con los que agarraba lo que pretendía perder con los que se le escapaban por entre los dedos, como humo.

En esta caza de deudores, la Mechain era uno de los auxiliares que empleaba Busch con más gusto; porque si necesitaba tener á sus órdenes toda una banda de ojeadores, vivía desconfiando de aquel personal hambriento y de mala fama; mientras que la Mechain tenía con qué responder, poseía detrás de las alturas de Montmartre todo un pueblo, la *Cité de Nápoles*, un vasto terreno cubierto de barracas, que alquilaba por meses: un rincón de espantosa miseria, un refugio de vagabundos amontonados en la basura, cochineras muy disputadas, y de las cuales echaba sin piedad á los inquilinos con su estercolero, así que dejaban de pagar. Lo que le devoraba, lo

que le comía los beneficios de su finca, era una pasión desgraciada por el juego. Y ella también tenía el gusto de las llagas del dinero, de las ruinas, de los incendios, en medio de los cuales se puede robar alhajas fundidas. Cuando Busch la encargaba que tomase informes, ó descubriese á un deudor, ponía á veces en ello interés propio, se entregaba al asunto en cuerpo y alma, por el placer que le proporcionaba. Decía que era viuda, pero nadie había conocido á su marido. Venía no se sabía de dónde, y parecía haber tenido siempre cincuenta años, desbordante, con su voceilla de niña.

Aquel día, así que la Mechain se sentó en la única silla, quedó llena la habitación, como cerrada con un paquete de carne, caído en aquel sitio. Delante de su mesa, Busch, prisionero, parecía enterrado, no asomando más que su cabeza cuadrada, por encima de la mar de legajos.

—He aquí—dijo ella vaciando su viejo saco de cuero del enorme montón de papeles que lo llenaban—he aquí lo que Fayeux me envía de Vendome..... Todo lo ha comprado para vos, en esa quiebra Charpier que me dijisteis que le indicase..... Ciento diez francos.

Fayeux, á quien ella llamaba su primo, acababa de fundar una oficina para el cobro de rentas. Su negocio aparente era cobrar los cupones de los pequeños rentistas del país; y, depositario de los cupones y del dinero, jugaba frenéticamente.

—En provincias hay poca cosa—murmuró Busch—pero alguna vez se encuentra algo que merezca la pena.

Olfateaba los papeles, los entresacaba, y con mano experta los clasificaba en conjunto, después de un primer examen, por el olor. Su cara aplastada se oscurecía, haciendo una mueca de disgusto.

—¡Hum! ¡No hay nada de substancia! Felizmente no ha costado caro..... Pagarés..... Más pagarés..... Sí, son de jóvenes que han venido á París, acaso hagamos algo.....

De pronto hizo una exclamación de sorpresa:

—¡Calle! ¿Qué es esto?

Acababa de leer en un pliego de papel sellado la firma del conde de Beauvilliers, debajo de estas tres únicas líneas en gruesa letra senil: «Me comprometo á pagar la suma de diez mil francos á la señorita Leonia Cron, el día de su mayor edad.»

—El conde de Beauvilliers—añadió lentamente, reflexionando en alta voz—sí, tuvo granjas, un gran patrimonio al lado de Vendome..... Murió de un accidente, y dejó una mujer y dos hijos en situación apurada. He tenido otras veces pagarés suyos, que ha pagado con trabajo... Poca cosa...

Después soltó una brusca carcajada, reconstruyendo la historia.

—¡Ah! ¡Cómo se ha burlado el viejo tunante de la pequeña!..... Ella no querría y él la decidi-

ría con este pedazo de papel, sin valor legal. Después, él ha muerto..... Veamos, la fecha es de 1854, hace diez años. La muchacha debe ser ya mayor, ¡qué demonio! ¿Pero cómo podía estar este compromiso en poder de Charpier?..... Un comerciante en granos, este Charpier, que prestaba por semanas. Sin duda la muchacha se lo ha dejado en depósito por algunos escudos; ó acaso se habrá encargado de hacerlo efectivo.

—¡Pero—interrumpió la Mechain—eso es muy bueno, un verdadero negocio!

Busch se encogió desdeñosamente de hombros.

—¡Eh, no! En derecho esto no vale nada..... Si yo lo presento á los herederos pueden enviarme á paseo, porque hay que probar que esa cantidad se debe realmente... Sólo si encontráramos á la muchacha, podría obligarles á ser amables y á entenderse con nosotros para evitar un escándalo..... ¿Comprendéis? Buscad á esa Leonia Cron, escribid á Fayeux para que nos la encuentre. Entonces veremos.

Había hecho con los papeles dos montones que pensaba examinar á fondo cuando estuviera solo, y permanecía inmóvil con las manos abiertas una sobre cada montón.

Después de un instante de silencio dijo la Mechain:

—Me he ocupado de los pagarés Jordan..... Me parece haber encontrado á nuestro hombre. Estuvo empleado no sé en dónde y ahora es-